

Estrategias de la oposición contra la erosión democrática

por **Laura Gamboa** | University of Utah | laura.gamboa@utah.edu

En los últimos 20 años, América Latina (y el mundo) ha visto el aumento y profundización de regímenes autoritarios. De acuerdo con datos de V-Dem (2023), en 2001 América Latina tenía dieciocho regímenes mínimamente democráticos. Hoy tiene catorce. La contraola autoritaria ha acabado con democracias longevas como la venezolana y está amenazando democracias más jóvenes como la salvadoreña o la mexicana.

¿Qué se puede hacer para contrarrestar esta ola? Para responder, es necesario analizar no solo los factores que llevan al poder a líderes con tendencias autoritarias, sino también los elementos que les permiten cooptar el Estado, doblegar instituciones democráticas y perpetuarse en la presidencia. En este artículo discuto ambas dimensiones del proceso de erosión democrática, enfatizando la importancia de entender las condiciones económicas, sociales, e institucionales que facilitan la elección de líderes populistas autoritarios y las acciones que se pueden tomar para contrarrestar sus impulsos.

Líderes con tendencias hegemónicas y erosión democrática

La erosión democrática se ha definido de muchas formas (Bermeo 2016; Haggard y Kaufman 2021; Lührmann y Lindberg 2019). Entiendo erosión democrática como un tipo de ruptura democrática que sucede a través del tiempo. Al igual que un golpe de Estado, cuando es exitoso, un proceso de erosión democrática transforma

democracias en regímenes autoritarios; diferente a un golpe de Estado, sin embargo, lo hace de manera gradual.

La contraola autoritaria ha estado liderada por ejecutivos con tendencias autoritarias: líderes con agendas radicales dispuestos a destruir el sistema de pesos y contrapesos con tal de lograr sus políticas preferidas. Para conseguir sus objetivos, estos líderes podrían cerrar el congreso y las cortes. En el mundo de hoy, sin embargo, ese tipo de movida autoritaria tan evidente podría tener consecuencias complicadas a nivel doméstico e internacional. Los ciudadanos y la comunidad internacional tienen una preferencia normativa por la democracia (aunque más adelante discuto cambios recientes en esa actitud).¹ Como lo vimos hace poco con el autogolpe de Pedro Castillo en Perú (BBC News Mundo 2022), los ciudadanos y la comunidad internacional reaccionan con fuerza cuando es evidente que principios básicos democráticos se están violando.

Por ello, y para no arriesgar su careta democrática, líderes con aspiraciones hegemónicas usan reformas, referéndums y asambleas constitucionales para cooptar o debilitar lentamente las instituciones de supervisión horizontal (*horizontal accountability*) hasta que, acaban con los mecanismos de supervisión vertical (*vertical accountability*) y con ello el régimen democrático. Democracias que han completado un proceso de erosión democrática se transforman en autoritarismos competitivos.

¹ Es importante notar, sin embargo, que dicha preferencia es imperfecta. A nivel internacional, está sujeta a otros intereses. A nivel doméstico está atravesada por diferentes concepciones de democracia (Carlin y Singer 2011).

¿Qué lleva a estos líderes con tendencias autoritarias al poder?

Desde 1978, América Latina ha elegido 134 líderes democráticos, 26 de ellos con tendencias autoritarias (Gamboa 2022a)². Este tipo de candidatos suben al poder en condiciones de crisis (Carrión 2022; Handlin 2017). Problemas de gobernabilidad y falta de confianza en las instituciones son las variables que mejor predicen el ascenso de estos candidatos a la presidencia. Cuando el Estado es incapaz de garantizar seguridad, justicia o bienestar social y no hay confianza en la capacidad de las instituciones democráticas (o sus integrantes) para procesar conflictos, la ciudadanía se vuelve menos aversa al riesgo y vota por *outsiders* anti-sistema que prometen reemplazar la estructura existente por una sin intermediarios (aka. “políticos”) que sí satisfaga las necesidades de la ciudadanía.

No obstante, las promesas hechas por líderes populistas autoritarios son normalmente espurias, las demandas que las fomentan no lo son. La tercera ola de la democracia alcanzó a la mayor parte de los países de la región, pero fue incapaz de impulsar las transformaciones estructurales e institucionales necesarias para profundizar esas democracias. Consecuentemente, no obstante, las democracias latinoamericanas cumplen las características mínimas de un régimen democrático — elecciones medianamente libres y justas, sufragio universal, control civil sobre las fuerzas armadas y protección de libertades políticas y civiles— son por lo general democracias débiles e incompletas con problemas graves de representación y gobernanza, en las que algunos ciudadanos (sobre todo en zonas urbanas) viven en sistemas relativamente democráticos con bienestar social, mientras otros (sobre todo en zonas rurales) viven en sistemas autoritarios y con niveles muy pobres de bienestar social (Mainwaring y Pérez-Liñán 2023).

Asumir estos problemas de inequidad e ineficiencia es esencial para contrarrestar la ola autoritaria. Es importante visibilizar y responder a esas demandas a tiempo. Hacerlo, no solo disminuye la probabilidad de que líderes con aspiraciones hegemónicas lleguen al poder (Mainwaring, Bejarano, y Pizarro Leongómez 2006; Handlin 2017; Gamboa 2022; Carrión 2022) sino que también disminuye su capacidad para destruir instituciones democráticas si se convierten en presidentes. Una ciudadanía que recibe más de la democracia es una ciudadanía más dispuesta a defenderla.

Estrategias de la oposición

Desafortunadamente, resolver los problemas de gobernanza e inequidad que plagan las democracias latinoamericanas no es fácil. Por ello, además de entender las condiciones que llevan a líderes autoritarios al poder, es importante analizar qué se puede hacer una vez estos se convierten en presidentes.

Los procesos de erosión democrática son dinámicos (Carrión 2022). Como la erosión democrática sucede a través del tiempo, la oposición tiene varias opciones para enfrentar al líder autoritario (Cleary y Öztürk 2020; Gamboa 2022a; 2022b). En respuesta a las reformas antidemocráticas de un presidente con aspiraciones hegemónicas, la oposición puede tener *objetivos radicales* que buscan remover al ejecutivo antes de que se acabe su periodo constitucional, o puede tener *objetivos moderados* y, respetando el periodo presidencial, atacar sus reformas autoritarias más bien. Para lograr cualquiera de estos objetivos, la oposición puede utilizar *estrategias institucionales* (es decir que usan elecciones, cortes o congreso); o *estrategias extrainstitucionales* (repertorios — legales o ilegales— que no usan elecciones, cortes o congreso). Individualmente estos objetivos y estrategias no son particularmente dañinos para

² En mi libro *Resisting Backsliding: Opposition Strategies against the Erosion of Democracy* (2022) identifiqué 25 líderes con tendencias autoritarias. Añado aquí a Andrés Manuel López Obrador a quien excluí en su momento (2019) por falta de información clara sobre sus actitudes frente a la democracia.

la democracia. En conjunto, sin embargo, tienen fuertes consecuencias para la supervivencia del régimen (Gamboa 2022a).³

Tabla 1: Estrategias y objetivos de la oposición

		OBJETIVOS	
		Moderados	Radicales
ESTRATEGIAS	Institucionales	Campaña electoral Actuar en el legislativo Hacer lobby Litigar	Referendo revocatorio Juicio político al presidente
	Extra-Institucionales	Golpes de estado Guerra de guerrilla Protestas, Boicots, Huelgas	

Estrategias extrainstitucionales con objetivos radicales —es decir, golpes de estado, guerra de guerrillas, protestas, boicots, huelgas etc. que buscan remover al presidente antes de que se cumpla su mandato— son apuestas muy arriesgadas. Este tipo de tácticas reflejan desdén por los canales existentes para tramitar conflictos y generan una situación de sumacero. Si son exitosas, las estrategias radicales extrainstitucionales logran frenar al líder con tendencias autoritarias, pero arriesgan romper la democracia y convertir en mártir al autócrata. Si fallan, deslegitiman a la oposición aumentando los incentivos del presidente para reprimir y disminuyendo los costos de hacerlo; no solo le dan al ejecutivo, la habilidad de conseguir apoyo para impulsar reformas más radicales, sino que disminuyen la capacidad de la oposición para combatirlos.

Como señalo en mi libro (Gamboa 2022a, 98–128), en Venezuela, las estrategias extrainstitucionales radicales de la oposición ayudaron a Hugo Chávez (1999-2013) a erosionar la democracia. El golpe de Estado en abril de 2002, la huelga general indefinida de 2002-2003 y el boicot a las elecciones parlamentarias de 2005 le dieron al presidente venezolano excusas para purgar las Fuerzas Armadas y la compañía estatal de petróleo (PDVSA), le garantizaron un congreso casi completamente chavista a partir de 2006 y le dieron argumentos para perseguir a miembros

de la oposición y presionar por reformas antidemocráticas más agresivas. Todo esto sin perder su careta democrática.

La oposición en Venezuela era poderosa. Inclusive después de abusos de poder como la Asamblea Nacional Constituyente de 1999 y las “mega-elecciones” del 2000, los antichavistas tenían aliados en las fuerzas armadas y en PDVSA. También contaban con algo de apoyo en cortes y organismos de control y controlaban una tercera parte de las curules del congreso. En el 2002, el discurso y accionar polarizante de Chávez les había ayudado a ampliar esos recursos. Rupturas en la coalición de gobierno le ganaron a la oposición importantes aliados en el congreso y las cortes, el apoyo de los medios de comunicación y la capacidad de movilizar cientos de venezolanos a la calle.

El uso de estrategias extrainstitucionales con objetivos radicales diezmó estas ventajas. No solo deslegitimó las credenciales democráticas de la oposición, sino que le permitió a Chávez apoderarse de los recursos con los que contaban sus adversarios. El golpe de Estado le dio al presidente venezolano las razones y la información que necesitaba para purgar las fuerzas armadas. La huelga, hizo lo mismo en PDVSA. Usándola como excusa, Chávez logró despedir cerca de 60 por ciento de los empleados de la empresa y reemplazarlos con gente leal al régimen (Corrales y Penfold-Becerra 2015). El boicot tuvo consecuencias similares en el congreso. No le dio argumentos a Chávez para purgar el legislativo, pero —sin oposición— no fue difícil para el presidente conquistar casi todas las curules.

En seis años, la coalición antichavista en Venezuela pasó de ser un adversario formidable a uno débil. Sin apoyo en el congreso, a partir de 2006, el gobierno logró terminar de cooptar cortes y organismos de control, pasar leyes que limitaban la prensa libre y utilizar el aparato de seguridad para reprimir protestas y opositores.

³ Aunque hay que ver el trabajo de Cleary y Öztürk (2020) donde se discute una modificación a este argumento en el que se le da prioridad a los objetivos sobre las estrategias.

En 2009, Chávez modificó la constitución para aprobar su reelección indefinida. En 2012, cuando se lanzó para su tercer periodo, era claro que iba a ganar. Las elecciones de 2000, 2005 y 2006 habían sido criticables, pero en general mínimamente libres y justas. Las de 2008 y 2012 no. Chávez aseguró su victoria usando y abusando de recursos del estado, manipulando el tablero electoral y cooptando/desapareciendo medios de comunicación que le permitieran a la oposición diseminar su mensaje.

Estrategias institucionales con objetivos moderados —es decir, tácticas que usan elecciones, congreso o cortes para frenar reformas autoritarias— son, por el contrario, desafíos de bajo impacto. Reflejan la decisión de la oposición de respetar los canales existentes para dirimir conflictos y dejan espacio para negociar. Consecuentemente este tipo de tácticas son, por lo general, una apuesta más segura para proteger la democracia. No solo disminuyen los incentivos del ejecutivo para reprimir y aumentan los costos de dicha represión, sino que también le niegan al presidente la habilidad de reunir suficiente apoyo para introducir reformas más autoritarias. Si logra implementar dichas tácticas con éxito, la oposición consigue frenar la erosión democrática. Si no logra implementarlas con éxito, las reformas continúan sin obstáculos, pero la oposición resguarda recursos para combatir otras jugadas autoritarias más adelante.

Eso es lo que vemos en el caso colombiano (Gamboa 2022a, 129–77). Álvaro Uribe (2002–2010) fue un líder con aspiraciones hegemónicas. Durante sus ocho años en el gobierno introdujo leyes que buscaban aumentar los poderes del ejecutivo, disminuir los poderes de cortes y congreso y cooptar organismos de control. Para combatirlo, a diferencia de lo que sucedió en Venezuela, la oposición colombiana utilizó (sobre todo) estrategias moderadas institucionales. A pesar de ser más débil que su contraparte venezolana, la coalición antiuribista logró con estas tácticas proteger los recursos que tenía y eventualmente frenar la erosión democrática.

La oposición a Uribe era menos poderosa que la oposición a Chávez. Tenía algo de apoyo en cortes y organismos de control, pero carecía de soporte en las fuerzas armadas o los grandes medios de comunicación. Si bien ocupaba alrededor de una tercera parte de las curules en el congreso, la coalición antiuribista no contaba con la capacidad de convocatoria que contaba la coalición antichavista en 2002. Teniendo en cuenta la popularidad de Uribe y la debilidad de la democracia colombiana, sus prospectos no eran muy prometedores. Sin embargo, y contrario a lo que sucedió en el vecino país, los grupos que enfrentaron los abusos de poder del presidente colombiano evitaron estrategias radicales extrainstitucionales y utilizaron estrategias moderadas institucionales en llave con estrategias moderadas extrainstitucionales. Con ello no sólo lograron proteger su legitimidad y ganar aliados, sino también evitar la cooptación de cortes y organismos de control y debilitar las reformas autoritarias que el presidente introdujo en el congreso (para más detalles sobre el caso de Alvaro Uribe ver Gamboa 2022, 129–77).

La oposición colombiana hizo un gran esfuerzo por mantener una imagen democrática e institucional. No solo rechazó las jugadas extrainstitucionales radicales de grupos guerrilleros, sino que hizo permanente uso de un discurso institucional. Su objetivo no era acabar con la presidencia de Uribe, sino frenar las reformas que éste estaba introduciendo. La ausencia de estrategias radicales extrainstitucionales protegió a la oposición. Los varios intentos del gobierno de enlodar su imagen cayeron en oídos sordos. La coalición antiuribista no solo logró proteger sus curules y ampliar su coalición, sino también mantener vínculos con aliados internacionales que, en más de una ocasión, intercedieron en su favor.

La oposición colombiana no solo se abstuvo de usar estrategias radicales extrainstitucionales, sino que utilizó estrategias moderadas institucionales. Sus minorías en el congreso usaron el reglamento parlamentario para dilatar, modificar y obstruir los proyectos del gobierno. Si bien dichas tácticas eran insuficientes para evitar la aprobación de las reformas, estas

lograron diluir y retrasar las leyes que salían del legislativo. Tal vez más importante aún, dichas tácticas invitaron a la Corte Constitucional (Botero y Gamboa 2021). La naturaleza de la revisión de constitucionalidad en Colombia exige que las reformas constitucionales se juzguen por su proceso no por su contenido. Creando y registrando vicios procedimentales, los congresistas le dieron a la Corte Constitucional importantes recursos para fallar en contra de reformas tan perjudiciales como el referendo que buscaba aprobar la segunda reelección de Uribe.

Las estrategias radicales con objetivos moderados y las estrategias institucionales con objetivos radicales tienen un potencial contradictorio. Las estrategias extrainstitucionales con objetivos moderados disminuyen los incentivos para reprimir, pero también los costos de hacerlo. Repertorios como protestas, boicots o huelgas que buscan frenar reformas democráticas pueden ser muy buenos para la protección de la democracia movilizandovotantes o visibilizando los abusos del gobierno. Si se vuelven violentas, sin embargo, este tipo de estrategias pueden darle al ejecutivo la excusa perfecta para reprimir y deslegitimar a la oposición. Las estrategias institucionales con objetivos radicales por su lado aumentan los incentivos para reprimir, pero también los costos de hacerlo. Repertorios como referendos revocatorios y juicios políticos al presidente pueden frenar la erosión democrática, pero también pueden acorralar al ejecutivo y darle razones suficientes para reprimir a la oposición.

Por ejemplo, en Colombia, la estrategia moderada extrainstitucional de boicotear el referendo contra la politiquería introducido por Uribe en agosto de 2002 logró anular el primer abuso de poder del presidente. El referendo buscaba disminuir el tamaño del legislativo y volverlo unicameral, destituir a los congresistas y elegir nuevos legisladores bajo el halo uribista (Gaceta del Congreso 323 de 2002). La coalición antiuribista en el congreso y la Corte Constitucional lograron disminuir el alcance del referendo, pero no lograron frenarlo. Fue en últimas la campaña de

boicot promovida activamente por la oposición la que evitó que se lograra el umbral necesario para pasar las reformas sugeridas en la propuesta.

A pesar de éxitos como estos, las estrategias extrainstitucionales moderadas pueden ser también una táctica arriesgada. Repertorios no-violentos necesitan de organización y entrenamiento (Chenoweth 2020). Si esas condiciones no se cumplen, tácticas que originalmente se pensaron como no-violentas se pueden transformar fácilmente en repertorios violentos, dándole al líder con tendencias autoritarias una ventana de oportunidad para deslegitimar a la oposición e inclusive reprimirla.

Las estrategias radicales institucionales implican un riesgo similar. El referendo revocatorio en Venezuela, por ejemplo, no le dio a la oposición la victoria que quería, pero tampoco la dañó (como sí lo hicieron el golpe, la huelga o el boicot electoral). Le permitió, por el contrario, desarrollar estructuras de movilización electoral que fueron útiles en 2007, 2010, 2013 y 2015. Habiendo dicho eso, los referendos fallidos son altamente polarizantes. En Bolivia, por ejemplo, Evo Morales salió envalentonado del referendo revocatorio de 2008, dispuesto a presionar aún más fuerte por la ratificación unilateral de la nueva constitución.

En conclusión, el hecho de que la erosión democrática se dé a través del tiempo, le permite a la oposición combatir los atentados autoritarios de presidentes con aspiraciones hegemónicas. Dadas las condiciones nacionales e internacionales apropiadas (algo que discuto con más detalle en la siguiente sección), los presidentes con aspiraciones hegemónicas tienen intereses en mantener una careta democrática. Estrategias extrainstitucionales radicales les permiten reprimir a la oposición y avanzar reformas antidemocráticas más radicales, sin perder esa máscara democrática. Estrategias institucionales con objetivos moderados, por el contrario, dificultan la represión y el avance de reformas más radicales sin sacrificar esa apariencia democrática. En ese sentido, estrategias institucionales moderadas son una apuesta más segura para proteger la democracia. La oposición que utiliza dichas

estrategias evita darle al presidente razones “legítimas” que le permitan remover a miembros de la oposición de instituciones estatales o avanzar reformas más agresivas. Por el contrario, estrategias extrainstitucionales radicales son más arriesgadas. Estas tácticas, le dan al presidente razones “legítimas” para remover miembros de la oposición de instituciones estatales y avanzar reformas más agresivas.

La preferencia normativa por la democracia a nivel nacional e internacional es esencial

Vale la pena señalar que la teoría descrita arriba asume audiencias con preferencias normativas por la democracia que aumentan los incentivos del presidente para mantener una careta democrática y los costos de perderla. Sin embargo, el ascenso de Donald Trump (2017-2020) al poder en Estados Unidos, la profundización de regímenes autoritarios en Venezuela y Nicaragua, las victorias electorales de líderes populistas con tendencias autoritarias en México y Brasil y la incapacidad de las democracias latinoamericanas para resolver problemas básicos y urgentes particularmente visibles durante la pandemia, debilitaron dichas preferencias a nivel nacional e internacional.

La rápida erosión democrática en El Salvador es ejemplo de las consecuencias negativas de esta transformación. Nayib Bukele (2019-presente) subió al poder democráticamente con un discurso populista de mano dura. Antes de llegar al poder, el exalcalde de San Salvador tenía todas las trazas de un líder con tendencias autoritarias. Había utilizado la calle para amenazar organismos de control; deslegitimado las autoridades electorales salvadoreñas y demostrado disposición para disminuir libertades civiles (Meléndez-Sánchez 2021). Siguiendo el libreto de otros países latinoamericanos (Carrión 2022), Bukele llegó al poder en medio de una crisis de seguridad y la implosión de los partidos tradicionales salvadoreños, prometiendo refundar el sistema. Diferente a lo sucedido con otros populistas latinoamericanos como Chávez, Uribe o Morales que utilizaron tácticas sutiles para desmantelar la democracia, sin embargo,

Bukele se lanzó en ristre contra las instituciones democráticas de su país. Durante su primer año en el gobierno, el presidente entró por la fuerza al congreso con las fuerzas armadas, utilizó la policía para perseguir a legisladores de la oposición y lanzó una campaña de asedio contra el periódico independiente El Faro (Meléndez-Sánchez 2021). Ninguna de estas acciones generó la reacción nacional o internacional debida.

A nivel nacional, Bukele se benefició de un declive en el apoyo normativo a la democracia en su país. En 1998, 80 por ciento de los salvadoreños creían que la democracia era preferible a otro sistema de gobierno. Veintidós años después, sólo 54 por ciento piensan lo mismo (Latinobarómetro 2020; 1998). No obstante, su agresividad contra cortes y congreso, sus ataques a la prensa, sus violaciones de derechos humanos y los escándalos de corrupción que han rodeado su gobierno (Freedom House 2022), Bukele ha logrado mantener niveles inéditos de popularidad. De acuerdo a la encuestadora Ipsos en Abril de 2021, el presidente gozaba de una aprobación del 78 por ciento; un año más tarde ésta había aumentado a 83 por ciento (Ipsos 2021; 2022).

Más grave aún ha sido la falta de una audiencia internacional con una preferencia normativa por la democracia. A diferencia de la Unión Europea que ha tratado de actualizar protocolos para agilizar su respuesta a violaciones al imperio de la ley (*rule of law*) (Baraggia y Bonelli 2022), los Estados Unidos y la Organización de Estados Americanos han mantenido una actitud ambivalente frente a la erosión democrática. Muy críticos de Venezuela, Nicaragua y Cuba, pero silenciosos frente a países como El Salvador.

Por ejemplo, en febrero de 2020 en medio de un tire y afloje con el congreso, Bukele utilizó a los militares para invadir temporalmente el edificio legislativo y presionar a los legisladores para que le aprobaran recursos para combatir al crimen organizado. Frente a ese despliegue de fuerza bruta, la respuesta de la OEA y EEUU fue tibia y desalentadora (Vivanco 2020). EEUU rechazó la presencia militar en la Asamblea Legislativa, pero usando el lenguaje de Bukele, llamó a

ser “pacientes”. La noche anterior, frente a la inminente crisis, Luis Almagro (Secretario General de la OEA) reportó que la ministra de relaciones exteriores de El Salvador había expresado respeto a las instituciones democráticas y compromiso con políticas de seguridad que “habían arrojado resultados positivos” (Luis Almagro [@Almagro_OEA2015] 2020).

La ausencia de una condena clara a este y otros ataques autoritarios envalentonó a Bukele. Sin necesidad de mantener una careta democrática (pues no había consecuencias por comportamientos claramente autoritarios),⁴ el presidente se demoró tres años haciendo en El Salvador, lo que Chávez se demoró seis en hacer en Venezuela. Para 2022, Bukele había logrado ganar mayorías en el congreso, cooptar las cortes, limitar la libertad de prensa y aprobar su inconstitucional campaña de reelección, transformando la débil (pero superviviente) democracia salvadoreña en un autoritarismo competitivo.

La falta de apoyo a la democracia en El Salvador es preocupante, pero en un país de bajos recursos en donde la influencia internacional ha sido tradicionalmente esencial para mantener o cambiar regímenes (Mainwaring y Pérez-Liñán 2013) la falta de una defensa contundente a la democracia por parte de la comunidad internacional es tan o más negativa. Una respuesta más clara y oportuna por parte de EEUU, la OEA y otros países de la región probablemente le hubiera generado a Bukele incentivos para mantener su careta democrática. Interesado en mantener dicha imagen, el presidente probablemente hubiera impulsado ataques menos agresivos contra la democracia, dándole tiempo y espacio a la oposición para combatir estos atentados.

Si bien, la actitud frente a Bukele ha cambiado y tanto EEUU como la OEA se han vuelto más críticos del presidente, este cambio es muy tardío. Con el apoyo de una población desesperada por un estado que les cumpliera promesas básicas de bienestar social y aprovechando el silencio de la comunidad internacional, el presidente salvadoreño logró dismantelar las instituciones democráticas y debilitar irreparablemente a la oposición. Hoy por hoy la lucha en El Salvador no es la de evitar la erosión democrática, sino la de transitar de vuelta a la democracia una lucha más complicada con diferentes cálculos para la oposición.

Conclusión

El Salvador no es el único país en donde hemos visto el declive de las preferencias normativas por la democracia. En 1998 cuando Hugo Chávez salió elegido, 65 por ciento de los latinoamericanos decían que la democracia era preferible a cualquier otra forma de gobierno (Latinobarómetro 2020). En 2020 ese número se redujo a 50 por (Latinobarómetro 2020). Dicho declive es preocupante, especialmente cuando está acompañado de un contexto internacional en donde —no obstante recientes mejoras en el apoyo a la democracia en la región— hay preocupaciones más urgentes (i.e. la guerra con Ucrania, inmigración etc.) que disminuyen o distorsionan la presión internacional sobre actores autoritarios.

Para contrarrestar la ola antidemocrática es importante mejorar estas condiciones. Las oposiciones a líderes autoritarios tienen importantes oportunidades para combatir reformas autoritarias sí y sólo si aumentamos la presión nacional e internacional a favor de la democracia.

⁴ En septiembre de 2021, de hecho, Bukele cambió su biografía en Twitter dos veces declarándose dictador. En respuesta a una serie de protestas a sus abusos autoritarios, el presidente salvadoreño cambió su biografía el 19 de septiembre de “Presidente de El Salvador” a “Dictador de El Salvador”. Unos días después modificó dicha biografía a “El dictador más cool del mundo mundial” (El Tiempo 2021).

Referencias

- Baraggia, Antonia, y Matteo Bonelli. 2022. "Linking Money to Values: The New Rule of Law Conditionality Regulation and Its Constitutional Challenges". *German Law Journal* 23 (2): 131-56. <https://doi.org/10.1017/glj.2022.17>.
- BBC News Mundo. 2022. "Fue un autogolpe de Estado: el rechazo masivo a la decisión de Pedro Castillo de disolver el Congreso de Perú que culminó en su destitución". *BBC News Mundo*, el 7 de diciembre de 2022: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-63896019>.
- Bermeo, Nancy. 2016. "On Democratic Backsliding". *Journal of Democracy* 27 (1): 5-19. <https://doi.org/10.1353/jod.2016.0012>.
- Botero, Sandra, y Laura Gamboa. 2021. "Corte al Congreso: Poder Judicial y Trámite Legislativo en Colombia". *Latin American Research Review* 56 (3).
- Carlin, Ryan E., y Matthew M. Singer. 2011. "Support for Polyarchy in the Americas". *Comparative Political Studies* 44 (11): 1500-1526. <https://doi.org/10.1177/0010414011407471>.
- Carrión, Julio F. 2022. *A Dynamic Theory of Populism in Power: The Andes in Comparative Perspective*. Oxford, New York: Oxford University Press.
- Chenoweth, Erica. 2020. "The Future of Nonviolent Resistance". *Journal of Democracy* 31 (3): 69-84. <https://doi.org/10.1353/jod.2020.0046>.
- Cleary, Matthew R., y Aykut Öztürk. 2020. "When Does Backsliding Lead to Breakdown? Uncertainty and Opposition Strategies in Democracies at Risk". *Perspectives on Politics*, 1-17. <https://doi.org/10.1017/S1537592720003667>.
- Corrales, Javier, y Michael Penfold-Becerra. 2015. *Dragon in the Tropics: The Legacy of Hugo Chávez*. 2nd Edition. Brookings Latin America Initiative book. Washington, DC: The Brookings Institution.
- El Tiempo. 2021. "Presidente Bukele dice en Twitter que es 'el dictador más cool del mundo'". *El Tiempo*, el 21 de septiembre de 2021, sec. mundo. <https://www.eltiempo.com/mundo/latinoamerica/presidente-bukele-dice-que-es-el-dictador-mas-cool-del-mundo-619795>.
- Freedom House. 2022. "El Salvador: Freedom in the World 2022 Country Report". Freedom in the World. Freedom House. <https://freedomhouse.org/country/el-salvador/freedom-world/2022>.
- Gamboa, Laura. 2022a. *Resisting Backsliding: Opposition Strategies against the Erosion of Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781009164085>.
- Gamboa, Laura. 2022b. "Oposición en los márgenes: Estrategias contra la erosión de la democracia en Colombia y Venezuela". *Desafíos* 34 (2). <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.11998>.
- Haggard, Stephan, y Robert Kaufman. 2021. *Backsliding*. Cambridge University Press.
- Handlin, Samuel. 2017. *State Crisis in Fragile Democracies: Polarization and Political Regimes in South America*. New York: Cambridge University Press.
- Ipsos. 2021. "¿Qué le preocupa al mundo?" Ipsos. <https://www.ipsos.com/es-sv/que-le-preocupa-al-mundo-abril-2021>.
- Ipsos. 2022. "¿Qué le preocupa al mundo?" Ipsos. <https://www.ipsos.com/es-pa/que-le-preocupa-al-mundo-octubre-2022>.
- Latinobarómetro. 1998. "Latinobarómetro: Opinión Pública de Latinoamérica". <http://www.latinobarometro.org/lat.jsp>.
- Latinobarómetro. 2020. "Latinobarómetro: Opinión Pública de Latinoamérica". <http://www.latinobarometro.org/lat.jsp>.
- Lührmann, Anna, y Staffan I. Lindberg. 2019. "A third wave of autocratization is here: what is new about it?" *Democratization* 26 (7): 1095-1113. <https://doi.org/10.1080/13510347.2019.1582029>.
- Luis Almagro [@Almagro_OEA2015]. 2020. Tweet. *Twitter*. https://twitter.com/Almagro_OEA2015/status/1226360243631927296.
- Mainwaring, Scott, y Aníbal Pérez-Liñán. 2013. *Democracies and Dictatorships in Latin America: Emergence, Survival and Fall*. New York, NY: Cambridge University Press.
- Mainwaring, Scott, y Aníbal Pérez-Liñán. 2023. "Why Latin America's Democracies Are Stuck". *Journal of Democracy* 34 (1): 156-70.
- Meléndez-Sánchez, Manuel. 2021. "Latin America Erupts: Millennial Authoritarianism in El Salvador". *Journal of Democracy* 32 (3): 19-32. <https://doi.org/10.1353/jod.2021.0031>.
- Vivanco, José Miguel. 2020. "Presidente Bukele, la fuerza bruta no es el camino para El Salvador". *The New York Times*, el 14 de febrero de 2020, sec. en Español. <https://www.nytimes.com/es/2020/02/14/espanol/opinion/bukele-crisis-salvador.html>. //